

Ciclo de invitaciones: **“OTRAS VOCES”**

Conferencia a cargo de **Alejandro Dagfal**

**“La historia del Psicoanálisis y la caída de las identificaciones”**

27/6/14

### **Miriam Fratini**

Antes que nada quiero dar la bienvenida a nuestro invitado, Alejandro Dagfal. Este es el tercer año del ciclo de invitaciones que llamamos “Otras voces”, con el espíritu de plasmar o poner en acto ese título en estas reuniones. Es nuestro interés escuchar otras voces; en este caso, aprender seguramente de lo que nos pueda transmitir Alejandro y después conversar. Esto sería lo más deseable para nosotros; esperemos que se produzca.

Alejandro nos va a hablar de un tema muy interesante -por lo menos particularmente para mí-, que es: “La historia del Psicoanálisis y la caída de las identificaciones”. El curriculum es muy extenso para presentarlo; Alejandro me dijo que lo abrevie en función de la hora y la demora en su viaje para llegar hasta aquí. Es licenciado en Psicología de la UNLP, doctor en Historia de París VII e investigador del CONICET. Ha sido docente investigador en las universidades de Bretaña Occidental y Lyon I, y profesor invitado en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Actualmente está a cargo de la cátedra I de Historia de la Psicología, en la Facultad de Psicología de la UBA.

Ha escrito numerosos trabajos. Nosotros conocemos su texto *Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo* (Buenos Aires: Paidós), publicado en 2009, que en el año 2011 recibió el Primer Premio Nacional de la Secretaría de Cultura de la Nación. También publicó, en 2011, su último libro: *Psychanalyse et psychologie. Paris-Londres-Buenos Aires* (París: Campagne Première), que sólo está en francés.

Es un gusto contar con su presencia, y le agradezco que haya venido. Los invito a escucharlo.

### **Alejandro Dagfal**

Gracias por la invitación. Pido disculpas por la hora... A veces, venir de La Plata es una pesadilla. Ésta fue una de esas ocasiones.

En realidad, voy a decepcionar un poco a Miriam. Mi idea no es tanto hacer una “conferencia”, sino aprovechar la oportunidad de tener un público de psicoanalistas para entablar un diálogo. Uno está muy viciado con los ámbitos académicos, plagados de ese tipo de encuentros donde uno tiene quince minutos para explicar algo así como la teoría de la relatividad y sus alrededores... (*risas*). El hecho de tener más tiempo y otro tipo de público, para mí es un placer. De hecho, yo mismo tengo una formación psicoanalítica. Pero en algún momento del camino pensé en hacer una especie de “desvío” por la historia. Y ese desvío terminó llevando más tiempo del esperado... Así que me quedé trabajando esos temas, vinculados con la historia.

Pero para mí siempre ha sido particularmente importante esta interlocución con los psicoanalistas. Hago historia de la Psiquiatría, de la Psicología y del Psicoanálisis. Pero no por separado; en general, trato de hacer una historia cruzada. Creo que es difícil entender lo que pasa dentro del “campo psi” si uno no tiene en consideración que es un campo donde también juega la Psicología y la Psiquiatría. Incluso cuando se está haciendo historia del Psicoanálisis, hay que ver qué pasa en cada una de esas otras disciplinas, porque afecta al campo en su conjunto.

El título “La historia del Psicoanálisis y la caída de las identificaciones” puede sonar un poco grandilocuente. El tema de “la caída de las identificaciones”, tan de moda, se puede interpretar de muchas maneras. Uno puede pensar en aquello que Lacan ya señalaba en el año ‘38, como la decadencia de la imago viril, la imago paterna; este clima postmoderno del que se habla en relación con la caída de las referencias simbólicas en general.

No es para nada esa mi intención. Vamos a hablar de otras identificaciones, las voy a ir precisando. En todo caso, primero, prefiero comentarles de qué no voy a hablar. Sí me interesaba pensar con ustedes algunas cuestiones que han atravesado mi

formación como historiador del Psicoanálisis; siempre tratando de tener algún tipo de relación con el campo psicoanalítico.

En ese sentido pienso que una historia del Psicoanálisis se puede interpretar como una disciplina erudita, como una acumulación de fechas, o como una historia “celebratoria”, por decirlo de alguna manera. Pensando sobre todo en el ejemplo de la historia escrita por Ernest Jones, que fue un poco la que sirvió de paradigma a la historia psicoanalítica posterior. Historia que tiene más respuestas que preguntas. Una historia que busca más bien reafirmar o consolidar cierta identidad grupal. Una historia que tiene más que ver con la consolidación de lo que es una memoria colectiva de un determinado grupo -en este caso el grupo de los psicoanalistas-. Es un poco épica, un poco heroica. Es la historia de los grandes hombres, de los grandes descubrimientos, que también se da en otras disciplinas. No vayan a creer que es un privilegio del Psicoanálisis. Uno puede hacer una historia de ese tipo sobre Einstein o Newton, en física; o sobre Galeno o Hipócrates, en la medicina.

Siempre hay un padre, al cual se le puede rendir tributo o un padre al que se le pueden hacer preguntas. Hay una disciplina histórica que puede ser pensada, no tanto en términos de respuestas, sino de preguntas: plantear problemas, ver de qué manera se pueden investigar algunas cuestiones. Es una historia que trata de poner en suspenso las certezas previas, que trata de realizar verdaderos hallazgos, descubrimientos históricos. Y no reconfirmar aquello que sabemos de antemano, como las historias celebratorias, que ya tienen todas las respuestas (son historias un poco pascalianas, en la medida que tienen “horror al vacío”).

Por el contrario, se trata de hacer una historia más o menos crítica, que permita hacer lugar al vacío, a las lagunas y discontinuidades, a las cuestiones que no cierran del todo. A eso me refiero cuando hablo de historia del Psicoanálisis. La que a mí me interesa es esa clase de historia. Generalmente, a ese tipo de historia no se la piensa en relación con el problema de las identificaciones. Pero cuando les planteo que aporta más respuestas que preguntas, o cuando me refiero a la cuestión del vacío, ustedes, como psicoanalistas, rápidamente pueden pensar ahí qué función cumple este tipo de historia.

Así como uno puede pensar la novela familiar del neurótico, también puede pensar en una novela histórica que, incluso dentro del Psicoanálisis, cumple un papel similar. Sobre todo cuando lo que está en juego, generalmente, son los ideales. Ideales

que refuerzan, que sostienen, que cimientan una cierta identidad colectiva. Yo sé que identidad, para los psicoanalistas, es como una mala palabra. Pero la tomo en un sentido más bien sociológico –como identidad profesional, por ejemplo-. Voy a hablar de identidad en más de una ocasión. Pero tómenlo en un sentido muy general, no en un sentido teórico fuerte.

Volviendo a la historia que aporta respuestas, que gira en torno de la idealización, de la identificación, es sobre todo una historia que sirve para construir un linaje, para responder una pregunta esencial, que es la pregunta por los orígenes. En ese sentido, en Psicoanálisis, todos venimos de Freud. Algunos pueden plantear un origen en Lacan, otros en Melanie Klein, según las épocas históricas. Pero, en general, hay acuerdo en que el padre del Psicoanálisis es Freud. La paternidad es cierta. Mucho más cierta que en otras ramas de las disciplinas Psi. Para la Psicología sería mucho más complicado. Según la corriente a la que se adhiera, el padre puede ser Watson, Piaget, Vigotsky. En la vida, el padre biológico siempre es incierto. En cambio, en el Psicoanálisis, podemos discutir sobre muchas otras cosas, pero el lugar paterno de Freud es difícilmente cuestionable. Más allá de que se le puedan cuestionar cosas, pero no ese lugar.

Como ejemplo de esta historia que construye linajes -lo cito porque es algo que repite mucho y me viene como anillo al dedo para explicitar esta forma de construcción de la historia-, mi amigo Juan David Nasio siempre comenta: “Yo me analicé con fulano, que a su vez se analizó con Garma, quien se analizó con Reik, que, a su vez, se analizó con Freud. ¡Entonces yo vendría a ser algo así como un tataranieta de Freud!” (*risas*). Este tipo de historia está bastante instalada dentro del ámbito psicoanalítico. Según los linajes de analizantes y de analistas, uno puede responder a la pregunta “¿de dónde venimos?”, de una manera muy distinta. Y esta respuesta de Nasio, en un punto, remite a un costado del Psicoanálisis que suele ser poco teorizado por los propios psicoanalistas.

A ver, si les pregunto qué es el Psicoanálisis, seguro que van a tener dos o tres respuestas rápidas, en las que más o menos van a coincidir. Entonces les pregunto: ¿qué es el Psicoanálisis?

**Participante 1:** El tratamiento de lo real por lo simbólico.

**Alejandro Dagal:** Diría que tres cuartos del movimiento psicoanalítico internacional (sobre todo los miembros no lacanianos de la IPA) quedarían por fuera de esa definición...

**Participante 2:** Una causa...

**Alejandro Dagal:** Es la primera vez que hago esta pregunta y me contestan eso. Me parece muy interesante, porque es algo que dice Freud. ¿Qué más?

**Participante 3:** Una forma de tratamiento.

**Alejandro Dagal:** Muy bien. Las respuestas clásicas son: un método de investigación del inconsciente, una forma de tratamiento, una teoría sobre el inconsciente. Aquí el colega agregó: una causa. Y Freud repite mucho el término “causa”. Y, sobre todo, lo que utiliza también es el término “movimiento”. ¡Un término tan caro a los argentinos! (*risas*). El movimiento psicoanalítico: esto ya pone de relieve toda una dimensión, que va bastante más allá de la cuestión teórica. Hablar de causa, de movimiento, nos lleva a un registro que podríamos relacionar con la política, con la religión. En todo caso, ya estamos de pleno en “Psicología de las masas”. El problema de la identificación, en ese tipo de formaciones institucionales, es crucial. Freud habla del Ejército y de la Iglesia, pero también podría haber hablado de Psicoanálisis. De hecho, cuando él quiso hacer la primera historia del movimiento psicoanalítico, en 1916, le puso como título “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”.

Es decir que, para Freud, era claro que el Psicoanálisis no es una institución como cualquier otra. Hay algo del orden del líder, de la transferencia, de la identificación, que no puede ser ajeno al Psicoanálisis, incluso más allá de la dimensión clínica. De modo que no se puede hacer la historia del Psicoanálisis ignorando esta dimensión “movimientística”, que nosotros encontramos -por ejemplo, en la Argentina- en el peronismo. No se puede hacer su historia considerando tan solo las ideas, independientemente de esta dimensión propiamente institucional, atravesada por transferencias cruzadas e identificaciones múltiples. Es decir, lo que sucede en cualquier tipo de movimiento.

Al mismo tiempo, tampoco sería interesante si nos quedáramos sólo en eso. Pero quiero resaltarlo, porque si bien este no es el caso, en los medios académicos la gente tiende a olvidarse de que el Psicoanálisis no es una materia más de un plan de estudios. Fíjense que no hay un movimiento piagetiano o cognitivo, comparable al movimiento

analítico. La idea de movimiento pone de relieve justamente eso que Foucault llama “la función de autor”. Pone de relieve justamente aquello que la ciencia quiere expulsar. El ideal científico de objetividad sería eliminar toda presencia del sujeto. Por ejemplo, en un experimento dado, la idea sería poder replicarlo, en diferentes lugares, obteniendo los mismos resultados, siempre y cuando se mantengan determinadas condiciones. Y eso independientemente de quién lleve a cabo ese experimento. El Psicoanálisis, claramente, desde esta dimensión movimientística, implica algo más, algo diferente.

Las identificaciones (y la caída de las identificaciones) -de las cuales quería hablar hoy- tienen que ver con esa dimensión del movimiento psicoanalítico. Es un tema espinoso para hablar, un tema del cual mucho no se habla -corríjanme si me equivoco- dentro de las instituciones analíticas. Porque precisamente, las instituciones se sostienen en base a identificaciones y transferencias. Termina siendo un punto ciego, difícil de teorizar, difícil de dialectizar -para usar un término un poco pasado de moda- en la escena de las instituciones. Les agradezco la invitación para poder hablar de estas cosas que los historiadores, entre nosotros, tampoco podríamos hablar. Los psicoanalistas se pueden llegar a quejar de los efectos de esas identificaciones o de esas transferencias cruzadas; pero no es algo de lo que se hable en las instituciones; no es algo que se tematicice.

Si de algo se habla -me da la impresión- es de la necesidad de hacer caer las identificaciones ajenas: las de los pacientes. Esa necesidad de que, al caer, den paso a otras cosas, que se desanuden ciertos sentidos, que se descongelen ciertas significaciones... Pero insisto, sobre todo en los pacientes, no en los analistas. Esto me hizo reflexionar sobre las identificaciones de los analistas, sobre la posibilidad de su caída, sobre la problematicidad de la caída de las identificaciones del analista.

Hace veinticinco años, cuando estudiaba en la Facultad de Psicología en La Plata -donde al igual que en Rosario y en la UBA, primaba una formación muy psicoanalítica y muy lacaniana-, el enfoque era bastante dogmático. Se estudiaba el Psicoanálisis a partir de postulados que funcionaban como verdades, que debían aceptarse como tales sin necesidad de demostración, como si fueran autoevidentes. Al escuchar ese tipo de discursos, uno se quedaba un poco afuera, como diciendo: “Me falta leer mucho para entender algo de todo esto”. Por suerte esa no era la única forma del Psicoanálisis, que también circulaba por otras vías, por otras instituciones, no sólo por la universidad. En

aquella época, la broma era: “Creo en Freud padre todopoderoso y en Jacques Lacan, su único hijo, nuestro señor, que está sentado a la derecha del padre” (*risas*). Lo decíamos con cierta rebeldía, por la forma en que se nos enseñaba el Psicoanálisis.

Pero me interesa hablar del lugar de excepción que eso implica y de las consecuencias que tiene respecto de lo institucional. Es una vertiente, una forma del discurso analítico. Subrayo, una forma, ya que no quiero confundir la parte con el todo. No es que eso funcione así en todos lados; estoy hablando de un momento preciso y de un lugar determinado. Me parece que es una forma de Psicoanálisis que se basa en el principio de autoridad: las cosas son así, no porque se verifican en una práctica clínica - sea cual fuere- sino que son así porque lo dijo Freud y lo corroboró Lacan. Es aún más así si lo dijo el último Freud y el último Lacan; como si los regímenes de verdad dependieran del año del seminario del que se trate o de la obra de Freud que se cite. “Es palabra de Freud, te alabamos señor” (y disculpen la herejía).

Es como una forma de legitimación de discursos que se basa en la idea de que la cosa es así porque lo dijo el maestro: *Magister dixit*. Lo que dice el maestro es forzosamente cierto. Ahí vuelven mis viejas objeciones, tanto de mi época de formación, como a lo largo de mi recorrido histórico, de que no hay nada más alejado que eso del Psicoanálisis. No hay nada más incompatible con los objetivos del Psicoanálisis que ese tipo de discursos que -a mi entender- hacen obstáculo a un funcionamiento verdaderamente psicoanalítico. No porque el principio de autoridad implique una transferencia, una identificación, una idealización, que son cuestiones de estructura (eso siempre va a estar). El problema en qué grado, hasta qué punto, esas identificaciones que el principio de autoridad implica, se ponen de manifiesto en la producción, en la práctica, en la autorización.

Es un tema que Lacan puso muy de relieve cuando planteó el problema del pase. ¿En qué nos autorizamos? ¿Por qué nos autorizamos? Una respuesta es que lo hacemos apoyándonos en ciertos “otros”, ciertos notables, que dependen de la institución de pertenencia. A veces bromeo con mis amigos psicoanalistas platenses y les digo que si uno lee algún artículo de ellos, la estructura tiende a ser la misma. Primero citan al referente local, luego al nacional y después al francés, además de a Lacan y a Freud. Por ejemplo, dentro del campo milleriano, después de la escisión protagonizada por Colette Soler, que era un miembro muy prominente, de la noche a la mañana ya no se la podía

citar más. Pero por cuestiones políticas, no teóricas. Así se va armando una suerte de *index* (que generalmente no es explícito), una lista de gente que no se puede ni citar. Eso es algo totalmente sintomático, que va en sentido inverso de lo que el Psicoanálisis trata de promover en el analizante. ¿Por qué toleramos o soportamos o podemos vivir tan cómodamente con este tipo de fenómenos, que se dan en las comunidades analíticas -en algunas más, en otras menos- al mismo tiempo que buscamos todo lo contrario para los pacientes?

En ese sentido me interesaba hablarles de las identificaciones y de la caída de las identificaciones como algo que, a mi juicio, también tiene que ver con la historia. No sé si recuerdan, en el año '97, René Major hizo un llamado internacional para organizar unos “Estados Generales del Psicoanálisis”, que finalmente tuvieron lugar en París, en el año 2000. Pero más que el evento en sí, lo interesante fue la convocatoria. Major hacía alusión específicamente al malestar dentro del Psicoanálisis y de sus instituciones, sin hacer distinciones de posiciones teóricas. La convocatoria era muy abierta en el sentido de que planteaba que ya era hora, después de un siglo de vida del Psicoanálisis, de repensar (entre muchas otras cosas) los fundamentos del funcionamiento de las instituciones psicoanalíticas, sean del signo que fueran.

La invitación estaba dirigida a los psicoanalistas (por eso esta idea de “Estados generales”, como los que condujeron a la Revolución francesa), de cualquier institución, a título personal -no representando a las instituciones- para pensar los problemas del Psicoanálisis. Major observaba que había dos dimensiones dentro del Psicoanálisis: una íntima, singular, a la cual cada analista está expuesto cada vez que conduce una cura. Y otra pública, institucional, que tiene que ver con la organización del Psicoanálisis en distintos ámbitos. Y planteaba que estas dos esferas estaban divorciadas.

Hay algo que planteó un sociólogo francés, Robert Castel -que murió hace poco- que es cierta pretensión del Psicoanálisis a un “derecho de extraterritorialidad”. Ese derecho implicaría que lo que ocurre dentro del movimiento psicoanalítico sólo se puede entender a partir del discurso del Psicoanálisis. Las ciencias sociales, por ejemplo, no se pueden aplicar al Psicoanálisis. No se puede hacer un estudio sociológico del Psicoanálisis. O, si quiero hacer una historia del Psicoanálisis, sólo puedo aplicar las categorías que usa el propio Psicoanálisis (como en el ejemplo que comentaba de mi amigo Nasio). Solamente lo puedo hacer en términos de transferencia, de identificación.

Me parece interesante lo que planteaba Castel, porque es algo que se ha mantenido, aunque no explícitamente. Porque esta muy presente esa cosa de que “Fulano habla de Psicoanálisis, pero no se analizó, no es analista”. Entonces no está autorizado a hablar de las cosas que estoy mencionando, respecto del funcionamiento de las identificaciones en los grupos analíticos, por ejemplo.

En ese encuentro del 2000, yo era joven todavía. Tuve la suerte de poder entrar, porque salía muy caro... Y recuerdo algo muy interesante. Derrida, en su alocución - que está publicada como *Estados de ánimo del Psicoanálisis* (Buenos Aires: Paidós, 2001)-, empezaba preguntándose de qué sufre el Psicoanálisis, de qué se queja, de qué padece, cuál sería su demanda. Era un punto de vista original, sobre todo para un filósofo, para un no psicoanalista. Ya René Major, en el momento previo, de la convocatoria, había tirado algunas puntas, vinculadas con la actividad del movimiento psicoanalítico y ciertas cosas que resultaba dificultoso conciliar. Sobre todo, el carácter innovador, renovador del Psicoanálisis y el carácter conservador de cualquier institución. Una institución, para funcionar, necesita de determinados automatismos...

También está la idea de la transferencia como motor de la cura. La necesidad de “disolver” la neurosis de transferencia al final cura es una cuestión muy clara a nivel clínico. Pero, al mismo tiempo, a nivel institucional, también es muy claro que las transferencias son lo que hacen funcionar a las instituciones. Por un lado, entonces, disolver transferencias. Y por otro lado, las necesitamos para poder movilizar a la gente. Hoy, aquí, hay alguna transferencia en juego, con la institución, con los organizadores... No creo que conmigo, porque no me conocían (*risas*). Si hablo de cuestiones estructurales, es porque no estoy queriendo cargar las tintas sobre ningún caso en particular, sino que sigo pensando en voz alta, sobre esas cosas que resulta difícil conciliar. Hablé del *magíster dixit* (“esto es así porque lo dijo el maestro”, sea Freud o Lacan) como una cosa de estructura. También hablé de la dificultad de conciliar distintas formas de la transferencia (la clínica y la institucional) como una cosa de estructura.

Finalmente, me parece que sería fundamental relacionar el tema de las identificaciones con el problema del poder. Es claro que en los juegos institucionales, en el sostenimiento de determinadas transferencias, siempre hay cuestiones de poder en

juego. Por ahí, para los que estamos en el “campo psi”, el tema del poder no queda muy teorizado. Sigo saltando un poco, de tema en tema, pero están todos vinculados.

Todas esas cuestiones que atraviesan el movimiento analítico, también atraviesan el movimiento lacaniano. Son cosas que no dejan de incidir en la práctica, en la producción teórica, en la organización, en la forma de discusión. Insisto en la idea de “punto ciego”. Me parece fundamental no dar por sentado lo que parece obvio. Esa vieja idea husserliana de suspensión de las certezas... Mirando un poco las actividades de esta institución, veía un título de un seminario que me pareció muy interesante: “Porqué Freud no es Lacan”, a cargo de María del Rosario Ramírez. Porque justamente se trata de esas cosas que de tan obvias no se revisan. Mostrar en qué punto hay diferencias entre Freud y Lacan, es algo que genera problemas. Hay una asimilación tan grande de eso que decíamos como estudiantes: “Creo en Freud padre todopoderoso, creador del diván y del psicoanálisis, y en Jacques Lacan, su único hijo, nuestro señor”. Hasta tal punto eso está todo mezclado en una única idealización que es necesario, hoy en día, mostrar las operaciones de lectura que Lacan hizo con Freud. Es indispensable mostrar esa separación. Mostrar que, si bien Lacan dijo muchas veces que él no hacía nada más que retomar a Freud o que no había inventado nada nuevo, nosotros no estamos obligados a creerle. Sobre todo desde el punto de vista de la historia...

Hay un psicoanalista que aprecio y respeto mucho, que es Jorge Baños Orellana. Ha escrito varios títulos, más allá de *La novela de Lacan*. En uno de los libros, *El escritorio de Lacan*, él diferenciaba distintos tipos de discurso en Freud y en Lacan. Incluso tenía el atrevimiento de hablar del “marketing tal como Freud lo practicaba” o tal como Lacan lo practicaba. Decía que hay algunos discursos, en Freud y en Lacan, que están destinados a promover sus descubrimientos, sus investigaciones; están destinados a los ya los convencidos o a convencer a los dudosos. Son discursos *pour la galerie*, destinados a amar lo propio. Y no se puede confundir este tipo discursos, con los que tienen una pretensión de verdad o una pretensión teórica fuerte. Pero Baños Orellana plantea que en el Psicoanálisis se terminan mezclando las dos cosas. Entonces, agrego yo, lo del “retorno a Freud” se termina repitiendo como una letanía, como si hoy en día lo más importante para el Psicoanálisis fuera de qué manera Lacan “superó” la “desviación” de los post freudianos... Se terminan creando lugares comunes, metáforas congeladas, que tenían que ver con el Lacan de los años cincuenta, y que en ese

momento tenían toda su justificación. Eran operaciones teóricas, que él estaba haciendo en ese momento, en un contexto histórico determinado. Pero mismo ya no tenía sentido en el Lacan de los sesenta o de los setenta, que se dedicaba a otras cosas. Para un historiador, no es aconsejable hacer historia contra-fáctica, pero creo que, si Lacan viviera, hoy estaría discutiendo con los neurocientíficos y los cognitivistas; no estaría hablando de los post freudianos...

La sensación que tengo es que, hoy en día, cuando seguimos repitiendo el “retorno a Freud” como una letanía, termina yendo en contra, precisamente, de aquello que hay de más creativo en la lectura, en la apropiación que Lacan hace de Freud. Por eso, cuando leí la idea del semanario de María del Rosario Ramírez, me pareció muy saludable. Por otra parte, esa idea del retorno, en historia, es imposible. Es imposible retornar a Freud, como si nada hubiera pasado después. En todo caso, qué forma curiosa de “retorno”: retornar a Freud a través de Heidegger, Kojève, Lévi-Strauss, Jakobson... ¿Por qué agregar eso sería un retorno y lo que hacen los post freudianos, que toman otras referencias, es un desvío? ¿Quién tiene el freudómetro? (*risas*). Estamos acostumbrados a pensar que Lacan era más fiel a Freud, pero hay que entender que hizo un montón de operaciones de lectura novedosas sobre los “textos sagrados”. Uno puede discutir cuál le gusta más, cuál menos, cuales son más compatibles con lo que uno cree el espíritu de Psicoanálisis. Eso es otra discusión. Pero a priori es claro que Lacan se tomó grandes libertades con el Psicoanálisis freudiano, como lo hicieron los post freudianos. Al mismo tiempo que Lacan hacía todo eso, se legitimaba en la idea del retorno a Freud.

Me parece que frases como ésta, que muchos psicoanalistas repiten cuando se refieren a la enseñanza de Lacan, de tan simples, terminan siendo complicadas. Me parece mucho más saludable cuando encuentro a otros psicoanalistas que se animan a decir, por ejemplo, que Lacan lo tenía que hacer porque necesitaba legitimarse, para poder hacer todas las innovaciones que hacía por otro lado. Como Descartes, que estaba obligado a declararse creyente y a salvar la idea de Dios para poder sentar las bases de su propia filosofía. Si uno pone esto en perspectiva, hace que determinadas cuestiones, que parecen tan obvias, no lo sean tanto.

Salto a otra idea (porque mi exposición de hoy es un poco así, por pinceladas no tan sistemáticas). Quería recordarles lo que decía Lacan en su seminario “Les non dupes errent”, el 9 de abril de 1974:

“El ser sexuado no se autoriza más que por sí mismo; pero yo agregaría ‘y por algunos otros... Mientras tanto, ¿no habría podido ocurrírsenos en la Escuela que es eso lo que equilibra mi decir de que el analista no se autoriza más que por sí mismo? Esto no quiere decir que él esté sólo para decidirlo como acabo de hacerles observar en lo que se refiere al ser sexuado`”.

Esta idea interesante de que el analista no se autoriza más que “por sí mismo”. (Los que traducen mal del francés repiten “de sí mismo”, y suena raro, porque en castellano no se diría así). Pero Lacan agrega: “y por algunos otros”. Es decir que relativiza la cuestión. La autorización no se hace en soledad. En relación con esto, la idea del pase me parece muy innovadora, aunque después haya tenido tantos problemas en su implementación. Poder encontrar algo que sea consistente, que sea coherente con el discurso analítico, para pensar la función del analista, para pensar qué es un fin de análisis.

Pero al mismo tiempo -volviendo a esta dinámica de las identificaciones, de las idealizaciones- se puede terminar idealizando cualquier mecanismo. El pase, incluso, puede terminar siendo un mecanismo de clasificación, entre aquellos que hicieron el pase y los que no lo hicieron. Por supuesto, hay quienes idealizan a aquellos que llegaron al fin de análisis. En ese sentido, respecto de mi propia formación universitaria en psicoanálisis, recuerdo fórmulas como “el atravesamiento del fantasma”. ¿Atravesamiento? ¡Eso es lo que pasa cuando uno pincha un chorizo con un tenedor! (*risas*). En francés, la palabra es *traversée*, que es muy gráfica, es una “travesía”. Hacer una travesía por el fantasma implica realizar un tipo de viaje que no puede hacerse en soledad.

Me parece interesante pensar el fin de análisis en términos de algo más humilde, menos heroico, menos idealizado; insisto en que esta dinámica de funcionamiento es estructural. Las identificaciones están todo el tiempo, las idealizaciones también; las asumamos o no. El pase, como mecanismo, en su implementación, ha traído innumerables problemas políticos. En principio, hay una cuestión de poder: ¿quién pasa y quién no pasa? La escisión de Colette Soler, en ese sentido, entiendo que no fue tanto

por cuestiones teóricas, sino por problemas de poder, ligados al pase: “Pasan los tuyos y no pasan los míos”. “¿Cómo es eso?”

Me parece interesante repensar el tema de la destitución subjetiva, de la caída del objeto al final de análisis, de la separación entre objeto e ideal; todas esas cuestiones tan bonitas y tan originales las concibe Lacan, ya que no estaban en Freud, aunque alguno quiera hacernos creer que Freud era lacaniano. No creo que el curso de María del Rosario plantee las cosas de esa manera...

**María del Rosario Ramírez:** La idea es ir desarrollando cosas muy pequeñas, que van haciendo la diferencia. Quiénes fueron los lingüistas de referencia para Freud, qué se hizo con eso. Y después las discusiones que se arman en torno a esos lingüistas, como Abel. Las discusiones que hicieron Benveniste, Milner, Freud, Lacan...

**Alejandro Dagal:** Claro. Para terminar, me parece que hay algo que es importante recordar: cuál era el contexto en el que surgieron las teorizaciones y las prácticas freudianas. Más allá de la épica, de lo heroico, que son entendibles en ese contexto. Si uno se ubica en la Europa atravesada por dos guerras mundiales, lo que implicaron esas guerras para el movimiento analítico, el exilio, el tener que mudar la capital del imperio analítico de Viena a Berlín, de ahí a Londres, de Londres a Nueva Cork. Todo eso sumado al cambio de idioma (del alemán al inglés), al hecho de que en Austria y Alemania, con las leyes de Nüremberg, los analistas judíos fueron despojados de sus derechos más básicos...

Piensen que Freud se salvó raspando, y sus hermanas murieron en un campo de concentración... ¡Hay material para una historia épica! Es entendible que Ernest Jones haya escrito ese tipo de historia, porque él fue parte de eso que se vivía como una gesta. Es mucho menos entendible que nosotros, hoy, en la Argentina, sigamos comportándonos como si fuéramos herederos directos de esa épica. La situación del Psicoanálisis, hoy en la Argentina, es muy diferente. Particularmente en las universidades, pero también en el ámbito institucional, donde el psicoanálisis tiene aún un lugar hegemónico, y los psicoanalistas no sufren grandes riesgos.

De hecho, siempre digo que Lacan está más vivo en la Argentina que en Francia, y realmente lo creo. Aquellos que han ido, lo habrán constatado. En las universidades francesas, en las carreras de psicología, las materias clínicas, como Psicopatología, raramente son de orientación psicoanalítica. A nivel del grado, Paris VIII está dominada

por un paradigma más bien transcultural. Jacques-Alain Miller tiene un departamento de postgrado, pero dentro de un Departamento de Ciencias de la Educación. Es algo relativamente pequeño. La formación de la mayoría de los psicólogos en Francia está muy ligada a las psicologías llamadas “científicas”, con algunas excepciones.

En Argentina sucede lo contrario. Es imposible ir a alguna carrera pública donde las materias psicopatológicas, clínicas, de los últimos años, no sean psicoanalíticas en general y lacanianas en particular. Acá hay una pregnancia del lacanismo que no existe en Francia, aunque sea un país muy psicoanalítico, donde hay un debate muy importante. Aunque sea la cuna de Lacan y del tipo de Psicoanálisis que está en boga en la Argentina desde hace más de 40 años.

Los dejo con una pregunta. Creo que habría que pensar qué pasa con una doctrina que nació como una doctrina marginal, teorizada por el propio Freud como algo que necesariamente tenía que ser revulsivo, contracultural. ¿Qué pasa cuando esa doctrina es aceptada masivamente? ¿Qué pasa cuando el Psicoanálisis se transforma en hegemónico? ¿No sería dable suponer que, en esa transformación, hay algo que se pierde? ¿Esa posición “conservadora” (que en determinados lugares implica conservar cierto poder) implica también una pérdida respecto de algunos principios básicos del Psicoanálisis?

Es una pregunta. No tengo la respuesta. Pero sí creo que, en la Argentina, no se puede hablar desde el mismo lugar de enunciación que en otros lugares, donde el Psicoanálisis no es para nada un pensamiento hegemónico, no es para nada una doctrina sólidamente instalada en la cultura. Me parece que deberíamos hacernos cargo de eso.

Y, por otro lado, lo interesante para mí en el diálogo con los psicoanalistas es que hay muchos puntos en común entre el Psicoanálisis y la historia. Incluso esta idea de hacer caer las idealizaciones puede aplicarse, por un lado, a los pacientes. Pero también a los relatos que hacemos sobre el pasado. No es lo mismo un pasado idealizado, una historia que construye una filiación célebre, ilustre; que un pasado lleno de preguntas y de vacíos. En ese sentido, la historia tiene una función similar a la del Psicoanálisis, en términos de descentramiento. Así como el Psicoanálisis permite acceder al descentramiento del sujeto (el Yo ni siquiera es amo en su propia morada, diría Freud), la historia produce un descentramiento similar respecto del tiempo. La

historia nos muestra que las cosas, en el pasado, fueron diferentes, con lo cual, ¿qué nos haría pensar que las cosas, en el futuro, no van a ser diferentes?

Dicho de otro modo, la historia no sólo muestra que el cambio es posible, sino que es inexorable. Eso también se aplica a aquello que idealizamos, incluso a nivel teórico. ¿Pero qué es lo que nos hace creer que nuestras certezas del presente van a seguir siendo válidas el futuro? Genera cierta angustia si uno se deja atravesar por esa evidencia histórica...

A su vez, la historia plantea varios desafíos para el Psicoanálisis. Por ejemplo, en qué medida ser consecuentes hoy con el Psicoanálisis (particularmente con el Psicoanálisis lacaniano), no implicaría la posibilidad de permitirse ir “más allá del padre”. No quedarnos relejendo los seminarios de Lacan o sus *Escritos*; sino volver a hacer algún gesto similar al que hizo Lacan en su momento: poder inventar algo nuevo, algo que vaya más allá, para estar a la altura del sentido de la época.

Humildemente, creo que en la Argentina, en los últimos años, algo de eso se viene haciendo, a veces de manera más silenciosa, otras de manera más abierta. Hace veinte años, el ideal del psicoanalista era atender pacientes en el consultorio. Y todo lo demás quedaba por fuera, eran como formas rebajadas de la psicoterapia. La diferencia entre el oro y el “vil metal”. Pero de a poco empieza a haber libros de gente que habla del Psicoanálisis en el ámbito penal, de las toxicomanías, de sus propias prácticas clínicas en relación con los problemas de la época... Antes daba como cierta vergüenza, pero hoy la cosa está en vías de cambiar. Queda entonces, como desafío para el futuro, la idea de que al Psicoanálisis hay que reinventarlo todos los días.

**NOTA: *Ciclo de Invitaciones "Otras Voces"*.**

***Dirección: Miriam Fratini, Gabriel Levy y María del Rosario Ramírez.***

*Agradecemos la desgrabación a Cristina Denicola*

***Establecimiento del texto: Alejandro Dagfal.***

***Cuidado de la presente edición: Raquel De Maestri***

***Asesoramiento: Miriam Fratini y María del Rosario Ramírez.***

***Coordinación general: Miriam Fratini.***